

FILMS SELECTOS

30
Cts.

AÑO II N.º 34
6 de junio de 1931

EN ESTE NÚMERO:

¿Qué es el cine? por María Luz Morales. — El cine y la moda, por Anita Platas. — Mujeres bellas. — Crónicas de Perla y Estados Unidos, etc.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

La maravillosa artista de
cine, Marlene Dietrich,
protagonista de la película
de Paramount, "Marnie".



William Powell,
protagonista con
Eve y Brent y
Emil Jannings,
de la película
Paramount, «La
última orden»

¿CRITIQUEMOS?

Si, critiquemos un poco, pero no en la acepción literaria del verbo «criticar» — formar juicio de una cosa —, sino en la que generalmente aplican las comadres, como sinónimo de censurar, vituperar y, casi, casi, también de murmurar.

Critiquemos hoy un poco, siquiera sea por una sola vez; digamos algo que nada tenga que ver ni con el elogio ni con la técnica; hagámoslo al menos para deshacer la monotonía que, al cabo, llega a producir el hablar siempre de cosas graves.

Digamos, pues, en primer lugar, para quien no lo sepa, que en Barcelona se acaba de inaugurar un cine más. Un cine que necesariamente ha de clasificarse entre los de primer orden. El local no lo hemos visto todavía por dentro, pero por fuera, sí... hemos visto los precios junto a la taquilla, y por eso sabemos que es de primer orden. Pero no es esto lo que queríamos decir. Queríamos decir que se le ha dado nada menos que el nombre venerable de un obispo.

Años atrás, el Ayuntamiento, para rendir homenaje al prelado celoso, le dedicó una de las plazas más céntricas de la ciudad, y aun luego se habló de dedicarle en la misma plaza un monumento. El monumento no se le llegó a erigir; mas hoy, en cambio, como si surgiera imperiosa la memoria de sus virtudes, se le ha dedicado un cine. No está mal, ¿verdad?

Y a propósito de precios caros. No hace muchos días se publicó en la prensa diaria una entrevista con un significativo personaje de una empresa cinematográfica de Barcelona. El periodista le preguntó algo sobre la carestía de los precios de entrada, y el personaje en cuestión, sin alegar razones concretas, se limitó a decir que en las demás ciudades del mundo se paga mucho más que aquí por una entrada de cine.

Ciertamente, se paga; pero... el mero hecho de que mi vecino pague más que yo no me entusiasma, ni mucho menos, a hacerme solidario de su benevolencia en pagar lo que se le pida.

Antes — y, hablando de cine, ese «antes» no se remonta más allá de un par de temporadas — las películas duraban ocho días en el cartel, y podían verse a precios asequibles. Hoy se cuentan ya las representaciones por el cómputo de «primera semana, segunda semana... quinta semana... décima semana...» y nos cuesta cada día más cara la entrada.

La solución es ésta: que no hablando

público suficiente para llenar tanto cine, los empresarios han acordado que el bueno del espectador, si quiere ver cine, ha de pagar su butaca y las que, en un tanto por ciento bien calculado, le corresponde abonar por las butacas que necesariamente quedan vacías en las sesiones que no puede hacerse llenas. Todo para que a la empresa no le vaya mal el negocio...

También es cosa digna de comentarse la manera como han ido desapareciendo de las formas de publicidad cinematográfica aquellas famosas clasificaciones de las películas. Unas eran simplemente «joyas»; otras llegaban a «superjoyas»; algunas ostentaban lo de «superproducción fuera de programa», y no sé yo si me lo invento o es verdad, pero me parece recordar como si hubiese alguna que se clasificó de «archidespampanante superproducción extra de las joyas fuera de programa»...

Hoy las fórmulas de la publicidad han cambiado radicalmente, y el título máximo que puede conseguir una película es el de «totalmente hablada y cantada en español». Fórmula, sencilla y mágica a la vez, que destierra a los aldeanos.

Pero — todos lo sabemos — aquellas superproducciones del cine mudo no pasaban de ser, en muchas ocasiones, una vulgar producción. Lo de «super» era un camelo. Y en el cine sonoro, poco más o menos, pasa lo mismo: lo de «totalmente hablada y cantada en español» resulta ser no pocas veces un solemne camelo.

Digamos también, para que se entere quien deba, que el otro día asistimos al estreno de un noticiario — sonoro, claro está — en que pomposamente se hacía constar que estaba editado «ex profeso» para España.

Después de la consabida información sobre esas carreras de caballos que siempre parecen las mismas y después de presentarnos los nuevos ejemplares de ese parque zoológico que todos conocemos de memoria, nos dieron unas escenas de los últimos disturbios del Perú, en una de las cuales el general Sánchez del Cerro dirige la palabra al pueblo.

Y ¡oh maravilla! al hablar se oye el discurso de un señor que habla en inglés. ¡En inglés! Un sudamericano arrojando al pueblo en inglés ¡y nada menos que en un noticiario filmado — según dicen — expresamente para España!

¡Si será que Norteamérica considera al Perú y a España colonias suyas!

LORENZO CONDE

FILMS SELECTOS

SEMANARIO
CINEMATOGRAFICO
ILUSTRADO
DIRECTOR
Tomás G. Llorca



REDACTION
ADMINISTRACION
Fundación 229. El D222
BARCELONA

REDACCION EN
MADRID: CORDON
EL HOGAR Y LA MODA
Valverde, 90 y 92



PRECIOS
DE
SUSCRIPCION

España y Ultramar
Trimestral 375
Semestral 750
Anual 1500

América y Portugal
Trimestral 475
Semestral 950
Anual 1900



CADA
SÁBADO

NUMERO SUFICIENTE
30
CENTIMOS



Films Selectos sale cada sábado

De unos a otros

PUBLICAREMOS en esta sección las demandas y contestaciones que nos envíen los lectores, aunque daremos preferencia a las referentes a asuntos del cine.

Los originales han de venir dirigidos al director de la sección, escritos con letra clara, a ser posible a máquina, y en cuartillas por una sola carilla, firmados con nombre, apellidos y dirección de los que las envíen, e indicando si lo desean (aunque no es imprescindible) el pseudónimo que quieran que figure al publicarse.

No sostendremos correspondencia ni contestaremos particularmente a ninguna clase de consultas.

DEMANDAS

216. — *Una rosa en la reja Granada* desearía le dicesen si Dolores del Río envía su fotografía, qué cantidad hay que mandarle para ella y en qué forma.

Asimismo pregunta a Mary Pick, Oviedo, por qué no ha contestado a su carta. Y se ofrece a todos los lectores de *FILMS SELECTOS*, poniendo a su disposición su gran archivo. Pueden preguntar en francés, inglés y alemán y, como es natural, en español. Prefiero a las señoritas. En caso de que algún lector le interese en sus señas, puede dirigirse a la redacción de esta revista, donde se las facilitarán.

217. — *Mañanita* se dirige por primera vez a los amables lectores y lectoras de esta simpática revista, y dice: que desea cambiar sellos de correos extranjeros y antiguos españoles repetidos. Mi dirección es: M. A. San Ildefonso, 20, 2.ª, Izquierda, Madrid.

218. — Desde la *Alhambra* pregunta: ¿Cuántos cineas con equipo sonoro existen en España? ¿Hay algún sistema de sincronización, además del movietone y el vitaphone? ¿Se divorció por fin Norma Tallmadge de Joseph Schenk? ¿Cómo se llama la tercera esposa de Richard Barthelmex? ¿A qué personaje dobló la voz Ramón Pareda en *El Rito*?

También desearía saber cuáles son los intérpretes de las versiones inglesas de las cintas *El cuerpo del delito*, *Amor ciego*, *Del mismo barro*, *La voluntad del muerto*, *Doña Mentira* y *El tesoro de los Menda*.

219. — *Ugly Face* quedaría muy agradecido de aquel lector o lectora de *FILMS SELECTOS* que le dijera la dirección particular de Oliver Hardy, Stan Laurel y María Alba (Casajuan), o simplemente la dirección del estudio a que pertenecen.

220. — De *Una Greta marginé*: ¿Habrá algún amable lector o lectora que pudiera decirme en qué año empezó a trabajar en la pantalla Harold Lloyd?

221. — *Monsieur X* desea conocer los nombres de los protagonistas de *Si algún día das la razón*, *Cuadro de infantería*, *Los empujadores de Broadway*, *Tres de caballería* y *No supo decir que no*.

222. — De *Una preguntona*: ¿Podrían decirme algo referente al simpático Maurice Chevalier?

¿Quiénes eran los principales intérpretes de *La canción del día*?

Todo lo que sepan de Ramón Novarro. ¿En qué películas ha trabajado Greta Garbo?

¿Qué artistas son los que trabajan en *La canción de la estrella*?

¿Podrían decirme qué artista es la que viene en el suplemento artístico de *FILMS SELECTOS*, en el primer número?

N. de la R. — La artista por quien se interesa *Una preguntona*, es Marion Davies.

CONTESTACIONES

173. — La colección completa de *FILMS SELECTOS* puede consultarse en el Archivo de la Ciudad, plaza de la Catedral y calle de Santa Lucía, 1. «Casa del Arcediano» todos los días laborables de 9.30 a 12.30.

Nueve contestaciones de E. F. A.:

174. — Para *Una preguntona*, gustó: Lillian Hellm Muriel Harvey nació en Londres el 19 de enero de 1908, cursó sus estudios en el Liceo, y más tarde por azar de la vida ingresó en una de las principales academias de baile de la ciudad.

Richard Eichberg la descubrió y desde aquella fecha ha trabajado sin interrupción en el film, bajo la dirección del citado director. Su carrera artística empezó con un modesto papel de ballarina en la producción *La multitud*, y visto el éxito que obtuvo, en le asignaron ya papeles cada vez más importantes en las cintas: *Passion*, *Los amores de Hella Ghar*, *La costa Suruga*, *La terrible Lala*, *Palenquitas inoperadas*, *Ladroncillo de amor* y *Un punto oscuro*. La fama de esta artista estos últimos años ha trascendido todas las fronteras y es solicitadísima toda producción en la cual ella interviene. *Adiós maricón* y *Si algún día das la razón*, son las producciones que se presentarán en el mercado este año con la citada artista, y como obra cumbre *El vals del amor*, formidable película que encierra la novedad de ser la primera película hablada de Lillian Harvey, y que está obteniendo mundialmente un éxito resonante como jamás la había obtenido producción alguna de esta artista. ¿Satisfechos?

175. — Para *Rafael Izquierdo*: El verdadero nombre de la argentina Mona Morris es María Rosa de Condaville.

176. — Para *Peter Blom Jeter*: Las principales películas que ha interpretado: *Bratillo Helm*, con *Melrope*. Al borde del mundo. Los amores de Juana Neu. Escandalo. El año de los siete pecados. Las mentiras de Nina Pedronova. Mandragora. Manabaco y otras. Clara Row ha interpretado *Her Wild Party*, película hablada.

177. — *¿Detechal-¿Detechal?* Luis Moran nació en Pittsburgh, Pa. E. U. el año 1909. Lete se trasladó con su madre a París, donde comenzó a dar clases de baile, ingresando más tarde en el ballet de la Ópera de dicha capital.

Muy pronto fue descubierta por los cineastas parisenses y bajo su dirección interpretó dos películas, de las cuales ignora el nombre. Visto el éxito que obtuvo en estos films, aceptó un contrato con Samuel Goldwyn, para filmar *Romeo y Julieta*, que no llegó a interpretarse por haberse ya hecho esta película.

Poco después fue contratada por la Fox, que le ofreció actuar en el film *El maestro de música*.

Ha interpretado para la citada casa: *Quiero verme en los periódicos*, *Hambre de amor*, *¡Vaya niñas!* y otras, siendo sus últimas películas sonoras: *La bella de Somo* y *Leba y Música*.

Ignora si ha interpretado algún film parlante.

178. — Para *El Cade X*: Como usted desea, le mando con mucho gusto las principales películas de Emil Jannings: *En Barry o Passion*, *The Last Laugh*, *Variety*, *El destino de la tierra*, *La última orden*, *Los pecados de los padres*, *Flaqueza humana*, *El último*, *El Alcazar*, *Fausto*, *El gran amor*, *El Patriota* y *El Ángel Azul*.

179. — Para *Ignacio G. Durán*: La mujer más elegante que se conoce es Kay Francis, y la única belleza de verdad a opinión de Gloria Swanson, es Gertie Griffith. De los hombres el más elegante es sin duda alguna Adolphe Menjou y el más guapo, según dice el conocido crítico americano Francisco J. Ariza, todavía no ha aparecido. Sin embargo, añade que Nils Asther lleva la delantera, momentáneamente, con Buddy Rogers a corta distancia.

180. — Para *Ramón Madrid*: La protagonista de *El Fantasma de la Ópera* es Mary Philbin.

181. — Para *El Caballero Pirata*: Joan Crawford es casada y su esposo, al que se unió por amor, es Douglas Fairbanks (hijo).

182. — Para *Blanca de Olguín*: ¿Pregunta usted si Barry Norton habla español? Si, señorita, lo habla perfectamente pues ha nacido en la Argentina y allí no se habla otro idioma. ¿No lo ha oído usted hablar en ninguna película sonora? Mide 1.77 m. y pesa 73 kg. Tiene veinticuatro años y es rubio oscuro.

Siempre dispuesta a complacerla.

183. — *El caballero Sunset* contesta al *Caballero Pirata* lo que sabe acerca de Joan Crawford. Esta artista, llamada «La Venus de Hollywood», es la mujer de proporciones clásicas, de aires dinámicos, de cuerpo de estatua, de espíritu de diables y una de las más bellas figuras del cine. Joan Crawford, la niña triste que pasó una infancia sin amor, desolada y solitaria, es hoy la diosa favorita de todos los públicos. La actriz mimada por la fortuna, la mujer codiciada por su belleza espiñada, la esposa amada que en la apoteosis de gloria y felicidad se encuentra protegida por su marido Douglas Fairbanks, Jr., en la placida intimidad de su hogar.

184. — Dice *El Argentinito*: Tengo mucho gusto en contestar a la demanda de *Ramón Madrid*, que el protagonista de *El juramento de Logandere* es Gaston Jacquet, y la de *El fantasma de la Ópera* es Mary Philbin, en cuanto al de *El capitán Blood* es J. Warren Kerrigan del cual le mando la biografía. Nació en Louisville (Estado de Kentucky) en 1887. En el año 1907 debutó como joven en una compañía de drama, pero ante las tentadoras ofertas que le hacían algunas casas productoras abandonó definitivamente el teatro, debutando en el cine el año 1910 con la película *La voz de la conciencia*. Desde entonces ha formado parte de los elencos de las manufacturas Universal para la que filmó *El romance amoroso* con Ana G. Nilson, *Esauay* y *Teatros Films*. Sus más grandes producciones son: *La caravana del Oregón* y *el Capitán Blood*.

OBSEQUIO A LOS LECTORES DE Films Selectos



Para que todos los lectores de **FILMS SELECTOS** puedan conocer la revista

LECTURAS

en su nueva y magnífica presentación: les ofrecemos un número de obsequio al precio excepcional de

CINCUENTA CÉNTIMOS

Recuerde usted que:

LECTURAS es el primer magazine literario español ilustrado.

LECTURAS tiene entre sus colaboradores las firmas más prestigiosas.

LECTURAS ofrece siempre lo más selecto de la literatura universal.

LECTURAS es por excelencia el magazine para la mujer.

Si aprovecha usted nuestro ofrecimiento podrá obtener excepcionalmente un ejemplar atrasado por sólo

CINCUENTA CÉNTIMOS

utilizando para ello el siguiente cupón:

LECTURAS

DIPUTACIÓN, 211. — BARCELONA
VALVERDE, 30 y 32. — MADRID

Aprovechando el ofrecimiento que hacen a los lectores de *Films Selectos*, suplico me remitan un ejemplar atrasado de *LECTURAS* por el precio excepcional de cincuenta céntimos, cantidad que acompaño en sellos de correo.

Nombre
Domicilio
Población
Provincia

¿QUÉ ES EL CINE?

II

«**R**APIDEZ y complejidad son los caracteres de la vida moderna — decíamos —. Es preciso crear instrumentos que prolonguen nuestros sentidos, nuestra facultad de entender y sentir, y que, en fin, nos hagan dueños del Espacio y del Tiempo, valores que tanto han variado de un siglo acá. Necesitamos el movimiento retardado para comprender, para penetrar; el acelerado, para prever...»

Y esto es, justamente, el cine. El arte moderno por excelencia: el arte propio de este momento maquinista, dinámico... El que nos hace dueños de Tiempo y Espacio; el que acaso es único medio justo de expresión del tan traído y llevado Superrealismo.

Que así, por el cine, en el cine, captamos la realidad de la fantasía. Lo fantasmagórico que nos brindan las sombras móviles, es, pese al «truco», mediante el cual se haya conseguido una verdad, la verdad tal cual ha quedado impresa en la cinta de celuloide, la verdad del instante en que, sobre el lienzo, aparece ante nuestros ojos... Al revés de lo que ocurre con la tramoya teatral, que, actuando en el momento mismo del deleite artístico, al mismo tiempo que pretende crear la ilusión, la destruye...

En el cine, por el cine, la realidad se nos aparece revestida de formas nuevas, reveladoras de facetas insospechadas... ¿Pudimos jamás imaginar el proceso de un salto en el aire; captamos

nunca la belleza absoluta, plena, del juego de Susana Lenglen, valga como ejemplo? He aquí realidades que estaban por encima de nuestra visión y que el cine nos ha brindado en toda su plenitud.

De igual modo los primeros términos (*close up*), al multiplicar dimensiones y exaltar acercamientos, nos revelan matices, modalidades de expresión que no podíamos ni remotamente sospechar...

Por el cine nos hemos adueñado de la verdadera comicidad, de un humorismo nuevo, sano, puro, perfecto, que nos devuelve con creces algo — lo mejor — que hace siglos habíamos perdido: la risa. (Tan irremisiblemente perdida, que, en su busca y captura, hubimos de recurrir a medios tan burdos y de tan pésima ley como eran el retruécano y el astracán...)

En el cine hemos hallado la inmensa fuerza de la emoción de las multitudes como motivo artístico; algo que el teatro no nos brindó jamás (¡oh, los coros de las óperas italianas, o los bien denominados «malditos» de los viejos dramas!) sino en su más vil parodia. Hoy, en cambio, no hay nadie que ignore cómo del tema, del asunto cinematográfico puede ser protagonista — estrella — la multitud, la colectividad. ¿Quién habrá olvidado el magnífico desempeño que el múltiple personaje dió a su papel de protagonista en «La caravana del Oregón», en «Metrópolis», en

«...Y el mundo marcha», en «El crucero Potemkin»?

Y es justo, adecuado, que «los muchos» — las masas — sean principal persona dramática del drama silente. Porque el cine es también, precisamente, el arte de las multitudes, el arte por esencia democrático, social...

Pero este es otro tema. Quede para la próxima vez.

MARIA LUZ



Chevalier, cuando llegó a Joinville, quiso trabajar inmediatamente, y en vista de que en los estudios no era posible, trabajó fuera de ellos, pero para ellos, según puede verse en esta fotografía que muestra el interés y atención que puso en su labor.



GARCÍA SANCHIZ CONCEDE UNA "CHARLA" PARA "FILMS SELECTOS"

Fotos de W. J. van Rossem (Hollywood).



En un estudio de Hollywood, García Sanchiz con el gran cantante y actor cinematográfico Andrés de Segura, que se halla caracterizado para filmar una película titulada «Una boda en Venecia».

ACABA de pasear por Barcelona su tolerante sonrisa de hombre de mundo, su melena beethoveniana y su brillante talento, este artífice primoroso de la palabra, orfebre de la imagen, que ha hecho de sus «charlas líricas» el más ameno, encantador y cultural espectáculo selecto. No satisfecho su espíritu — inquieto y soñador de jugar medieval — con los lauros alcanzados en los ámbitos del mundo, por su nueva estética de la oratoria; rivalizándose a sí mismo en un noble y logrado anhelo de superación, ideó «El clamor», periódico parlante, del cual es director, redactor, administrador y repartidor.

Federico ha sentido la nostálgica melancolía de los ocasos en todos los climas, en todas las latitudes de la tierra. La hora azul lo ha desvelado a bordo de los grandes «steamers» que surcan los mares más exóticos; dormitando en el «pullman» de los expresos trascontinentales; ofreciendo a sus pupilas las más bellas maravillas de la Naturaleza en todos los países. Ha vivido en los grandes «palacios» y en las hospederías humildes, respirando tipismo, trópico, nordismo o embalsamientos orientales, que ha encontrado al borde de ese sugestivo sendero por el que le impulsa su ávida curiosidad, de levantino español, que es tanto como decir poeta, aventurero, soñador y cruzado de la España, tan fantaseada por el mundo.

Su maravilloso espíritu observador, retiene cuanto ve en sus viajes, lo matiza con el preciosismo de su estilo, decorándolo con los oros de las viejas historias y las gemas policromas de la leyenda, para hablarlo luego a los más diversos oíentes de todas las latitudes, en esos reportajes tan sugestivos de «El clamor».

Sanchiz, de todas partes donde «charla», se lleva simpas-

tias y aplausos, sonrisas y miradas de su público setenta y cinco por ciento femenino.

Su estilo — delicioso cock-tail de anécdotas, fina ironía, erudición histórica, chiste, sentimentalidad y mucha galanura —, su profunda observación, nos ha brindado el más sincero reportaje vivido por un latino ecuaníme en la Meca de la cinematografía mundial: «Charlas de Hollywood», con las que amablemente nuestra imaginación ha sido conducida a Los Angeles y San Francisco, a las misiones celeberrimas, a los famosos naranjales, a los bosques fabulosos que forman las torres petrolíferas; ha evocado aquella desahogada cruzada de buscadores de oro familiarizándose con las tribus indias supervivientes de la catástrofe histórica de su raza. Luego a Hollywood haciendo una minuciosa descripción de los estudios, de las estrellas, secretos de la vida de los cineastas, la verdad sobre el fabuloso tema de los sueldos, revelación de los nuevos ídolos, la tragedia de los extras, de esas solemnidades que se llaman «openings», o sean los estrenos de films de más de un millón de dólares.

Incansable, durante toda la cena nos habló García Sanchiz, mariposeando alrededor del apasionante tema: Hollywood.

Ya tarde, nos quedamos rezagados en el santuario comedor del «Colón»; la taza humeante del café, la copa de licor y el cigarro entre los labios. Nos hemos quedado solos, frente a frente; la molicie del ambiente, la acogedora penumbra de las panta-

llitas rosa, la calma y el silencio señoriales nos incitan a prolongar el perezoso momento... Pretendo profundizar su opinión, de testigo presencial, acerca de algunos interesantes puntos para los lectores de nuestra revista; y él, amable, se presta al conato de «interview». He aquí lo que dijo...





LA MISERABLE DORADA. — No sé si me sorprendió más la opulencia de los elegidos o la tragedia íntima de los que pretenden llegar. El «extra» es un ser único en el mundo. Estoico, sufre todas las calamidades y aun las disimula (quién sabe cómo). El «extra» muchas veces pasa hambre, pero lleva la ropa impecable y gasta sus pocos centavos en peluquería o limpiabotas. La esperanza lo mantiene largas horas en las puertas de las oficinas de contratación, horas casi siempre estériles. Además de la amarga desilusión de cada día, tienen que vencer el pavoroso problema de la vida a cada instante. Es tanta la miseria vergonzante, que muchos madrugan para retirar de las puertas de los «bungalows» de las «vedettes» las botellas de leche y los centavos que allí se dejan... ¡Hay millares de ellos! La paradoja de sus vidas si no fuera tan triste sería graciosa. Muchos cifran sus esperanzas en sus propias deformaciones físicas.

Otros en sus monstruosidades faciales. Otros en sus sorprendentes parecidos a las estrellas famosas. Su ideal es el bajuno y rastrero de la suplantación, ninguna gloria para ellos sino que los puedan confundir, en algún cafetín de baja estofa, con los astros rutilantes...

Y todos los peligros y molestias del «doble» se pagan con unos pocos, muy pocos dólares de jornal...

García Sanchis visitando las ruinas de los decorados de «Las luces de la ciudad» en el estudio particular de Charlot.

Para los yanquis el cine es solamente un negocio. Un negocio artístico, encubierto por el arte, pero siempre negocio. Así solamente se puede comprender el que a las estrellas que «rinden» mucho se las colme de atenciones en relación a los ingresos que producen, y el que a los actores, por muy buenos que sean y muy meritoria su labor, se prescinda de su categoría artística para clasificarlos en el encasillado de los resultados de las taquillas del mundo. A los nuestros residentes allí se les considera como a unos parientes muy queridos y admirados, pero como parientes pobres; así, para

filmear los «talkies» de la versión española de cualquier film, se aprovechan los trajes y los decorados construidos para las películas de habla inglesa. De ahí que muchos actores españoles no se presenten con la riqueza de vestuario que los americanos. Además, se les obliga a remedar, a imitar el gesto, el estilo y hasta la entonación de las versiones inglesas. Naturalmente, con todo esto, se resiente la moral de los españoles que tienen su amor propio y les duele verse preferidos en sus actuaciones y obligados a trabajar bajo la pauta de una concepción sajona, que luego, al pasarse las películas ante el público latino, no puede admirar a nadie.

California. — García Sanchis en uno de los innumerables puestos de naranjas



(Continúa en la página 22)

No todas las estrellas de los estudios californianos presumen de mujeres peligrosas, ni fatales, y muchas hay que desean que se las tenga por mujercitas muy de su casa, muy femeninas y exquisitas y dadas a los placeres domésticos, queriendo aparentar que en nada tienen que envidiar a las pobres burguesitas que desde todos los rincones del mundo envidian sus trajes, sus «toilettes», sus grandes autos de lujo, sus pieles y sus joyas, de las que nos habla muchas veces la imaginación de los reporteros norteamericanos.

Indudablemente existe todo esto; pero muchas de las estrellas de la cinematografía universal poseen, además de todas estas cosas que tantos les envidian, un espíritu que se aleja de todos los esplendores de que las rodea una activa propaganda, y buscan en el silencio de sus hogares distracciones más en consonancia con sus valores espirituales, cansadas de la continua lucha que hubieron de sostener para alcanzar el renombre conquistado por su arte en este nuevo mundo de la pantalla.

Dos ejemplos de nuestro aserto nos ofrecen Kay Johnson y Grace Moore, estrellas las dos de la Metro Goldwyn Mayer, de las cuales dice un reportero norteamericano:

«Ninguna fiesta las atrae, y en sus lujosas villas viven ignoradas o ignorantes de los placeres que brinda a las mujeres bonitas y elegantes el mundillo cinematográfico de Hollywood.»

El mismo sincero periodista dice luego, refiriéndose a Kay Johnson:



Las Estrellas de Los Angeles Kay Johnson y Grace Moore

por F. López Vélez

«Las seis de la tarde serían, cuando penetramos en el jardín que cierra en un anillo de flores el gracioso hotelito en que habita esta artista de la Metro. El sol ha comenzado a descender bañando las cosas en las tintas sangrientas de un ocaso esplendente. Una suave tonalidad vierte su melancolía sobre los jazmines y sobre las rosas que nos acompañan hasta la puerta misma de su mansión, y en el ambiente cargado de perfumes se desliza la cálida melodía de un nocturno, que resbala hasta nuestro espíritu con una delicadeza sin fin.

«La música parece querer acompañar los funerales del astro-rey que se ahoga en sangre en Occidente. Sentimos llorar por no interrumpir aquel vuelo de notas que se persiguen melancólicas y suaves.

«Pero nuestra obligación de hombres prosaicos nos hace volver a la realidad, y hacemos sonar el timbre cuyas estridencias ponen en fuga las palomas líricas de la melodía que Kay ejenta al piano. Sentimos en el alma el vacío que dejara la huida de la dulce sonoridad del piano y, poco después, nos encontramos ante la deliciosa artista que se nos muestra rubia y blanca como una aparición.

«Pocas mujeres nos hubieran dado



una sensación de tan dulce intimidad al mostrarnos el alma misma de su hogar decorado por la amable feminidad de una verdadera mujer: una lámpara en pie, en un rincón cuajado en la zarabanda de colores vibrantes de un montón de alfombras persas y cojines de seda; la polifonía de un manojo de flores, sirviendo de ofrenda a las desconchaduras de una talla bizantina; jarrones modernos y cobres hechos oro por la pátina de los siglos, sobre la chimenea rústica; el piano vestido de reflejos, bajo la media luz de la lámpara de tonos rojos que le decora con el yelmo de una porcelana de Sévres; todo, todo nos da la sensación de intimidad, que no esperábamos encontrar bajo el silencio místico en que pasa las horas más dulces de su juventud la artista de la sonrisa de plata, nombre dado a la artista por sus íntimos.

«No es verdad, lectores, que no puede ser más maravilloso el cuadro en que nos enmarcan la delicada belleza de Kay Johnson?... ¿Ni más íntimo, ni de más serena quietud? Seduce a los hombres de Occidente que aun no hemos perdido el viejo concepto que tenemos de la mujer, el tropezarnos, en medio de ese estrafalario mundillo de Hollywood, con una de estas mujercitas de vida recogida y serena, más propia de una de nuestras sencillas burguesitas, que de una de las favoritas del cine norteamericano.

Otra de las artistas sorprendidas por el reportero en su vida

(Continúa en la página 34)



Tan fina, suave y despacirosa cae la lluvia que parece que no llueva. Da la impresión como si todos los ángeles, en algazara revuelta por los cielos, se persiguieran unos a otros con sorbos de agua, pulverizándola al salir de sus bocas, y algo de su alegría y juego llegase a la tierra. Aquello no es llover, pero lo empapa a uno, calándolo hasta los huesos con una humedad buida que produce dolor. «Moja bobos» la llaman allá en Chile, resumiendo de este modo lo avisado que hay que estar para tomar precauciones contra una lluvia que no lo parece de fina, débil y despacirosa que cae.

No recuerdo en este momento el nombre de los artistas desplazados en Chile por cierta acreditada compañía editora de películas, cuyo nombre si recuerdo pero silencio piadosamente, para impresionar una sobre el imperio de los incas y que, no obstante estar plagada de anacronismos, le dió la vuelta a los Estados Unidos con gran éxito, siendo el de más bulto el que motiva este escrito.

Las filas de comparsas, con sus macanas al hombro, su penacho de plumas en la cabeza, su carcaj a la banderola, el arco tenso y la saeta a punto de ser lanzada, esperan en actitud conveniente, quizá demasiado aguerrida para su condición de ilotas, entrar en combate para rechazar un asalto de los conquistadores.

Ocupan el primer plano, visibles sus caras tatuadas, sus carnes desnudas.

morenas y recias de salvajes, relucientes las ajorcas que les aprisionan los tobillos, hirsutos los precarios bigotes de su cara india. Al frente de ellos, un individuo con una especie de rodela y otra cosa parecida a una lanza, hace extrañas genuflexiones, da más extraños saltos y conjetúrase que todo aquel gesticular no es otra cosa que una arangü.

Luego, desgajándose de las compactas filas de los incas, irrumpe una india al centro de la pantalla y las líneas de los comparsas, uniéndose por los extremos y abanicando los flancos, forman un círculo que rodea a la figura de la mujer, que es una sacerdotisa, según reza la versión que baila rítmicamente como la Duncan.

Aparte de que los incas no tuvieron sacerdotisas, producto intelectual de razas más literarias y superiores, ni lanzas ni rodela, refugio bélico de soldadesca mercenaria, y de que sus danzas eran monótonas y de una pobreza cine-

Anacronismos y mixtificaciones del cine⁽¹⁾

mática — de movimientos — parecida a la de los aztecas, a quienes unen tantos rasgos, es perdonable esta mixtificación porque con ella no perdía gran cosa la película. Es decir, la película no perdió con nada, que como llevo dicho le dió la vuelta a los Estados Unidos. Y si en Cuba, creyéndola ingenuamente como un estado más de la potente unión, no pudo pasar, fué por la ola de buen humor y sentido común con que los cubanos la hundieron en el fracaso.

Se conoce que, por apremiar el tiempo, por tener todo el personal listo y dispuesto, por no poder aplazar la «toma» de la escena acoplada, por algún motivo imperioso y difícil de puntualizar, esta parte de la película fué impresionada en un día de fina y suave lluvia chilena. La comparsa, casi desnuda, sentirla como poco a poco aquella feble caricia casi vaporosa del agua ibase filtrando por sus carnes y, cómo, para acabar de ganar el día, había que estar allí a pie firme resistiéndola estoicamente.

La simulación del rechazo al asalto de los conquistadores, con esa ignorancia casi universal de nuestras empresas

en América, exornación con un pesado y pintoresco ceremonial en la mentada película, y tan larga y aburrida debió de ser para los actores la ficción, que algunos bostezaban en ella de tedio y cansancio, y otros, en previsión de evitarse una pulmonía, cubrieron sus bustos desnudos con flamantes impermeables «made in U. S. A.».

El cortés público de la Habana transigió comprensivo con la rodela y lanza del indio capitán o jefe de las huestes incas y hasta con la sacerdotisa que exaltaba sus ánimos con danzas litúrgicas de un ritual completamente ignorado por ellas. Pero al llegar a lo de los impermeables, el clásico «choteo» cubano se adueñó del salón en donde se rodaba la película y ya no fué posible continuarla. A tenor con la erudición y conocimientos históricos de los directores de la cinta, reclamaba el público relojes de pulsera, adorno que hubiera ido muy bien sobre las carnes bronceadas de los comparsas; tanques para el asalto; automóviles para el avituallamiento; un copón para la sacerdotisa, y hasta una inofensiva vicuña que quería dar verismo con su presencia a aquel desgraciado «Imperio Inca», resultaba ser una cabra amaestrada del parque de Nueva York, al decir de los graciosos cubanos. Y desde entonces, las casas productoras de películas de los Estados Unidos, cuidan más las historias que mandan a Cuba. A. ORTIZ- RAMOS

Se asegura que el último divorcio habido en Hollywood es el de estos dos actores que tomaron parte en la parodia pe-traña de "Tea-der Horn". Tal vez sea cierto, pues al fin y al cabo sólo sería una perretería más de las que suceden a diario en la meca del cine.



esado
tada
debía
que
ho y
evi-
bas-
mea-

tran-
lan-
hues-
que
gicas
o por
aper-
o se
daba
onti-
y co-
tores
relo-
do
is de
alto;
; un
una
eris-
cia-
ca-
ueva
nos.
oras
dos,
amos

Juan de Landa, José
Crespo y Romualdo
Tirado en la película
M.-G.-M. «En cada
puerto un amor»

FilmoTeca

no Catalana





COMEDIA DRAMÁTICA
DE LA
FIRST NATIONAL

AMOR INDISCRETO

INTERPRETADA
POR
BILLIE DOVE

Victor Duval, joven abogado de una colonia situada al este de Suez, vive con su esposa, la bella Elena, que ha venido a reunirse con él, y juntos se acomodan para pasar varios años en aquella región, mientras llega el ascenso del esposo y puedan volver a Europa. Desgraciadamente para Victor, su ascenso depende del Residente de la colonia, que tiene la costumbre de otorgar los deseados ascensos a los que tienen una esposa que se muestre «amable» para con él, sin considerar para nada los méritos del interesado.

A causa de la extremada belleza de Elena, comienza esta pronto a merecer una atención marcada por parte del Residente, pero, naturalmente, ella la rechaza.

Cuando en el banquete anual, donde se lee la lista de los que han conseguido ascenso, Victor aguarda confiado en verse incluido, por lo bien que ha desempeñado su cometido en un caso reciente, recibe el desengaño de ver que, sobre no ascender, su cargo se lo dan a un hombre de mucha menos capacidad que él. En vista de ello, decide ir a la capital a hablar con el gobernador.

Mientras tanto, Carouge, un notable jurisconsulto de París, explica a Elena que a causa de ser ella demasiado severa con el Residente, su esposo, no sólo no ha sido ascendido, sino que se le ha rebajado a un puesto de poca importancia.

Pensando en ello, Elena se decide a visitar al Residente para averiguar la verdad de por qué no han ascendido a Victor.

Durante esta visita descubre, inadvertidamente, el objeto del viaje de su esposo a la capital para entrevistarse con el gobernador. Al saberlo el Residente se apresura a pedir una conferencia telefónica con el propio gobernador.

Mientras espera la comunicación, Elena le implora que no haga que su marido sufra las consecuencias de su indiscreción, contestándole el Residente que de ella depende el que cuando se ponga al habla con el gobernador, en lugar de decirle lo que le piensa decir respecto a Victor Duval, le diga que si su nombre no figura en la relación de ascendido ha sido por un olvido involuntario.

En el momento en que el Residente trata de persuadir, incluso apelando a la violencia, a Elena de que debe acceder a sus pretensiones, ve dentro de la habitación a un indígena que estaba oculto, esperando la ocasión de poder robar. En la lucha que se entabla, el ladrón mata al Residente y después cierra la puerta y trata de abusar de Elena. Esta, para defenderse, toma un cortaplumas y hiere al malhechor, huyendo luego.

La Colonia se conmueve profundamente con el asesinato del Residente y cuando prenden al indígena, que está herido de poca gravedad, declara que fue la «mujer blanca» quien mató al Residente. El gobernador de la colonia llega y encarga a Victor Duval la instrucción del proceso y Victor se dispone a averiguar cuál fue la mujer blanca que cometió el asesinato.

Horrorizado al saber que es su propia esposa, no puede comprender que fue por él precisamente, aunque Elena se esfuerza en hacérselo entender para demostrarle su inocencia y el objeto de su visita al Residente...

Sin embargo, todo encuentra arreglo; la inocencia de Elena prevalece y, absuelta libremente, mientras el indígena purga su delito, ella y Victor esperan el anhelado ascenso que les ha de permitir regresar a Europa, donde les aguarda la felicidad sin los azares de la colonia africana...



VESTIDOS
SENCILLOS

Hoy hemos reunido en esta página tres bonitos y elegantes vestidos para diario, que tienen un aire muy juvenil y muy alegre.

En la parte superior se ve a la artista de la Fox, Maureen O'Sullivan, luciendo una bonita combinación compuesta de falda estampada y blusa de crepón satinado con amplio cuello sport, que puede llevarse abierta o cerrada, para lo cual lleva unas presillas y botones.



En la parte inferior de la página, vemos a las simpáticas y admiradas artistas de la Paramount, Frances Dee y Fay Wray, luciendo sencillos modelos para verano. El de aquella, se compone de una falda hecha a pliegues planos, corridos hasta casi la altura de la rodilla y dejados sueltos desde allí y de una blusa suéter de color liso (oscuro, adornada con amplios biases, cuello pecho y cinturón del mismo color que la falda. El que lleva Fay Wray es de tejido estampado; el cuerpo abierto sobre una cintura del mismo tejido y lleva un amplio cuello manteleta; la falda ciñe las caderas cayendo luego formando suaves godets de línea irregular en su parte inferior.

ANITA BLANCA





Ve escenas
de película
"...y la
gata se enamora"
los principales pe-
queños representan Charles Farrell,
Helen O'Sullivan y H. B. Warner.





MUJERES BONITAS

Rochelle Hudson de la Radio Pictures Pleyer

Foto Robert W. Coburn

exclusiva para Filmos Sexuales

ESTA novela tuvo su principio y su desenlace — desenlace feliz, por cierto — en los estudios de la Metro Goldwyn, es decir que había triunfado ya en mi carrera artística cuando los múltiples amores que había tingido en la pantalla tuvieron la dulce réplica de mi amor verdadero.

Anteriormente, había tenido algunos «flirts» sin trascendencia, que sólo sirvieron para hacerme anhelar más vivamente la llegada de un verdadero amor.

Lo curioso es que, a pesar de estas legítimas ansias de mi apasionado temperamento, me había comprometido bajo firma a no amar realmente a ningún hombre. Singular compromiso, ¿verdad?, más propio de figurar entre los acontecimientos de una película que entre los hechos de la vida real de una actriz.

Sin embargo, es absolutamente cierto. En mi contrato con la Metro Goldwyn había una cláusula en que se me prohibía casarme y que yo había aceptado con la misma formalidad que las referentes al sueldo y demás condiciones materiales.

Tenía multitud de adoradores y más de una vez tuve que tranquilizar a mi director y empresario, asegurándole que mi propósito de permanecer soltera no había experimentado ningún cambio.

Pero un día me presentaron a Douglas, hijo, mi actual esposo, y desde aquel momento sentí que mi seguridad de cumplir todas las cláusulas del contrato con la Metro se debilitaba considerablemente. Entonces me di cuenta de lo poco que vale una firma en determinadas circunstancias.

Simpatizamos hasta el extremo de que una semana después éramos los mejores amigos de Hollywood, y como esta amistad descansaba sobre sentimientos que no eran simplemente amistosos, y como, además, andábamos siempre juntos — con la consiguiente alarma de mis rigurosos directores —, él no tardó en hallar la oportunidad que los dos anhelábamos.

Fue una tarde en que paseábamos en automóvil por las afueras.

Douglas había detenido el coche. Estuvimos un momento contemplando el paisaje y cuando vinimos a darnos cuenta, mi cabeza se apoyaba sobre su hombro y su brazo rodeaba mi cintura. Entonces supe que un beso era más, mucho más que los contactos labiales — dicho sea con toda la frialdad de los términos científicos — a que nos obligan los asuntos de los films.

Aquel beso bastó para que nuestros sentimientos se desbordaran y nos prometimos mutuamente amarnos durante toda la vida.

En seguida me di cuenta de que se me avecinaba un conflicto. La dichosa cláusula de mi contrato con la Metro daría lugar a escenas desagradables que probablemente terminarían con la ruptura. Pero ¿qué me importaba mi contrato artístico si había hecho un pacto espiritual en el que en vez de firma puse un beso?

Sin embargo, nuevas y más serias dificultades se presentaron. Los padres de Douglas — la famosa pareja de la pantalla — no vieron con buenos ojos nuestro amor.

Excuso decir la pena que esto me causó cuando lo supe por mi propio prometido; pero él me alentó con palabras que nunca olvidaré. Si sus padres no cambiaban de actitud, prescindiría de su consentimiento para casarse conmigo.

¿MI PRIMER AMOR?

Confidencias de JUANA CRAWFORD



Juana Crawford la bellísima y escultural estrella conocida por el apodo de «La Venus de Hollywood» cuya novela de amor nos descubre que.....
..... Ya lo sabrá quien leyere.

Esto, dicho así, no tiene nada de particular, pero expresado con las palabras que el empleo y con el fervor que puso en ellas, me pareció un hermoso poema, sólo comparable a aquel otro sin palabras de nuestro primer beso en la soledad del campo.

Nos apercebimos para la lucha y lanzamos a los cuatro vientos nuestro propósito irrevocable de casarnos. En las filias enemigas hubo gran revuelo. Douglas recibió terribles amenazas y yo creí

que mi director me iba a llevar a los tribunales.

Pero como nosotros sosteníamos heroicamente nuestra postura, unos y otros, pasados los primeros momentos de cólera, se dejaron llevar de su natural generoso y se doblegaron ante lo irremediable. Nos casamos y he aquí la «novela de amor» de mi vida, novela que está aún en los comienzos y a la que mi esposo y yo no cesamos de añadir nuevos y hermosos capítulos.



CRONICA
DE
PARIS

MANOLO RUSSELL

Su momento más triste.-El "cine".-La mujer adorable.-Lo que le ocurrió filmando su última película.

DANA poder conversar con los artistas que trabajan en los estudios de la «Paramount», en Joinville, hay que buscarlos en el restaurante, entre la una y las dos. Allí encuentro a Manolo Russell, el protagonista de «Lo mejor es reír», el film más interesante que se ha «rodado» hasta hoy, en dichos estudios, y en lo que se refiere al mercado español.

Encuentro al baritono leyendo una carta; ha terminado de almorzar y saborear una taza de café.

La profesión de artista de cine es fatigosa. Significan levantarse a las seis de la mañana sin saber a qué hora podrá uno retirarse a descansar. Depende del «metteur en scène», y de cómo vaya el curso de la filmación.

Manolo Russell está enamorado de su profesión; no sabemos si por temperamento o porque se gana más que en el teatro.

—La primera película que yo hice — me cuenta Russell — fué con Manolo

Noriega: «Gente brava», de Arniches. Anteriormente ya había estado en Nueva York en la «Seluit Pictures».

—¿Pero usted ya entonces había trabajado en el teatro?

—Como baritono de opereta. Cinco años con Esperanza Iris. Más tarde con Velasco, en compañías de comedias con Vilches.

—¿Qué artista de cine admira usted más? De la opinión de los profesionales se desprenden consecuencias muy interesantes. ¿No le parece?

—Desde luego. Es oportuno. Chevallier, como personaje dinámico sugestionador de multitudes. Este artista es único en su género. Jorge O'Brien, otro de mis actores favoritos.

—En su opinión personal. ¿Cree que resurgirá el cine silente?

—Depende de las empresas. Si se dedican a hacer comedias, tal vez vuelva, pero si hacen films como «El desfile del amor», tal vez no. No obstante, la pérdida del cine hablado obedece a las

fronteras que lo limitan. Es muy difícil que un artista pueda ser conocido, como antes, universalmente. Por esa razón, no se podrán conceder nunca los sueldos fabulosos que se pagaban en el cine mudo, a no ser figuras relevantes como Chevallier. Además — prosigue Russell —, no hay que olvidar que el cine hablado es todavía una incógnita, una cosa que está aún en embrión. Se están empleando los mismos procedimientos que en el cine mudo. No se han querido convencer de que esto es teatro.

Creyendo que es muy interesante saber en qué emplea un artista de cine sus horas libres, inquiero:

—¿Qué hace usted, Russell, después de su trabajo?

Manolo Russell sonríe, da un par de chupadas a su cigarro y me cuenta:

—¡Mis horas libres! A las ocho empiezo a trabajar. Salgo de París a las seis y media. Así que, finalizando a las ocho de la noche, ¿qué tiempo queda para nada? Sin embargo, en cuanto dispongo de ese «tiempo» lo dedico a escribir obras.

—¿Está contento con su profesión de artista de cine?

—¡Muchísimo! Es un trabajo de estímulo y remunerador. Mis entusiasmos los comparto con el cinema y el teatro. Al contrario de lo que dicen muchos artistas cuando llega el repórter a entrevistarlos: «¿Sus hijos?». El entrevistado suele contestar: «¡Jamás serán lo que yo fui! ¡Una carrera, otra cosa!...». Todos mis hijos — afirma Russell — serán del teatro, reuniendo aptitudes.

—¿Cuál ha sido el momento más triste de su vida, Russell?

—Estando en Santiago de Chile, trabajando con Joaquín Montero. Apenas se levantó el telón, hacíamos «El encanto de un vals», me dieron la noticia de la muerte de mi madre, y no tuve más remedio que salir a trabajar.

—¿Y su momento más dichoso?

—Dada nuestra condición de artistas, es aquel en el cual obtenemos un éxito. Nos debemos al público. No hay nada como la compensación de un éxito artístico.

—¿Qué película está filmando actualmente?

—«Lo mejor es reír». Yo hago el protagonista. Un muchacho escultor bohemio. He hecho cinco películas para la «Paramount» en español y una en portugués.

—¿Tiene usted buena impresión de este film?

—Muy buena. Además de ser un acierto de interpretación por parte de todos los elementos, está magistralmente dirigida por el «metteur en scène» Emo Emerich. Y a propósito de esta película, voy a contarle una anécdota ocurrida. Con motivo de una escena que se desarrolla en el taller de escultura de Charles, un papel de bohemio que luego en «Lo mejor es reír», hay un momento en que llego al taller en un estado de embriaguez alcohólica sentimental, a tal extremo, que intento poner fin a mi vida por decepciones de la mujer a quien amo, y en el momento de ir a ponerlo en práctica, después de cargar el revólver y revisar el arma, veo el busto de la mujer amada que acabo de modelar, me dirijo a él entre sentimental y trágico, recriminando su proceder, y a tal punto llega mi exaltación, que fuera de mí, loco, me apodero de un martillo y arremeto contra el busto hasta hacerlo pedazos. La escena, que hasta este momento se había desarrollado muy

bien, tuvo que ser interrumpida debido a que el busto que habían puesto era macizo, y ¡claro! no fue posible el romperlo a pesar de los golpes frecuentes, quedando malograda la escena. Trajeron más bustos, y ocurrió igual hasta la quinta vez en que se encontró un busto de cabeza menos dura. A continuación de esto, sucedió otra escena cómica. Alarmados los vecinos por las detonaciones en mi supuesto suicidio, invaden mi taller de trabajo protestando airadamente, ya que era la décima vez que ponía en práctica la bromita de mi suicidio sin conseguirlo, y la frecuencia de las detonaciones les tenía en vilo. De repente, del grupo de ellos, se destacó un muchacho de once años y aprovechando la confusión para una travesura, cogió un jarrón y me lo estrelló en la cabeza. El niño encargado de este «rôl», y que había presenciado la es-



Manolo Rosell muestra en esta agradable escena su perfecta naturalidad y expresión ante la cámara

cena del busto con todos sus incidentes, se conoce que dijo para sí mismo: «Lo que es a mí no me falla el golpe.» Si me daría fuerte el niño que me tumbó al primero. Y encima preguntaba el hijo de mi vidita si se tenía que repetir la escena. Se conoce que se creía que mi cabeza era también de material...

—¿Va usted a trabajar a Hollywood?
—Posiblemente. Ahora estoy en tratos con la «Fox». A Barcelona iré en cuanto finalice este film en que trabajo actualmente. —

El actor sale. Después de la entrevista sólo queda el periodista y sus cuartillas. Sobre el cenicero los cadáveres insepultos de dos cigarrillos. La tarde muere. El espíritu del repórter siente la soledad, que muere en su corazón hasta producir llaga. Enciende en su retina la ilusión cinematográfica de queridas imágenes. En la penumbra del salón distingo un rostro de mujer y unos ojos muy bellos que me miran inquietos. Recemos juntos por la tarde muerta...

Luis Sáinz de Morales
Joinville (Paris)

Manolo Rosell y M. Liger en «Su noche de bodas»

Filmoteca

Ventajas del tipo bien definido para la pantalla



*La dulzura de sus ojos garzos
y su inocente sonrisa hacían
de Lois Wilson el tipo ideal de
mujer buena.*

TODA muchacha que se propone abrirse camino en los estudios cinematográficos, tiene que hacer frente a no pocos problemas, siendo el principal de ellos el saber con certeza qué clase de tipos son los que mejor cuadran a sus facultades personales.

Hablando en términos amplios, puede decirse que en el cine los papeles juveniles de mujer se dividen en dos clases: muchachas buenas y muchachas malas.

Claro está que dentro de esta clasificación hay variantes, cuya enumeración resultaría hartó prolija.

La extra que tenga un tipo marcadamente definido, lleva una positiva ventaja sobre sus compañeras y, por poco que la ayude la suerte, llamará la atención de un director que precisamente necesite aquel tipo de mujer para la interpretación de un papel más o menos importante.

Si en ese caso el talento acompaña a las condiciones físicas de la escogida extra, ya ha dado ésta un paso de gigante en la difícil senda que conduce a la popularidad, unida a los cuantiosos sueldos.

Como afirmación de lo que decimos escojamos dos tipos de mujer que sean la exacta representación de las dos clases en que hemos dividido las actrices. Por ejemplo: Lupe Vélez y Lois Wilson, la mala muchacha y la buena muchacha por excelencia.

Dediquemos nuestra atención a la primera. La impetuosa y seductora mejicanita, cuando apenas contaba diez y siete años, fué elegida estrella vampíresa bebé, en 1927.

El fuego de sus ojos, lo provocativo de los rojos labios y la serpentina elasticidad de su juvenil cuerpo, llamaron la atención de Douglas Fairbanks, quien la escogió, entre muchas, para el papel de protagonista en «El Gaucho», haciéndola ascender de un salto al rango de estrella.

No defraudó sus esperanzas la principianta, y en la memoria de todos está la impetuosa desenvoltura con que desempeñó el importante papel erizado de dificultades.

Desde aquella fecha, las principales casas productoras se la disputan, y ya son muchos los papeles que lleva representados, sin salir del tipo de muchacha mala.

Cualidades completamente opuestas han conducido al mismo fin a la encantadora Lois Wilson. La dulzura de sus garzos ojos, su inocente sonrisa y la modestia de su porte, hacían de ella el tipo ideal de la muchacha buena.

Tal debió de ser la opinión de Lois Weber (una de las pocas mujeres que han dirigido con éxito una empresa cinematográfica), al confiar a la seductora triguera el papel de heroína en el famoso film «La caravana del Oregón».

El acierto con que supo interpretar los suaves matices del carácter de la sencilla jovencita del Oeste americano, le valió toda una serie de papeles algo semejantes entre sí que la dieron a conocer al mundo como una insustituible muchacha buena.

Pero nadie está contento con su suerte; lo dice el conocido proverbio, y tampoco lo están estas dos encantadoras criaturas con seguir representando los papeles que, en plazo re-

lativamente corto, les han dado tanto nombre y provecho. Por conducto autorizado ha llegado a nuestro conocimiento, que las dos jóvenes actrices de tipo tan opuesto, y que sin obstáculos han pasado del anónimo de los extras al envidiado rango de estrellas, coinciden en negarse a interpretar más papeles de muchachas malas la una, ni de muchachas buenas la otra.

Ambas alegan que una vez clasificadas de estrellas, no pueden limitarse a la interpretación de un tipo exclusivo, sin desmerecer en su categoría, y acabar por aburrir al público fatigándole con la monotonía de un eterno carácter.

Para merecer el título de estrella, se ha de tener el talento y la flexibilidad suficientes para saber interpretar toda la gama de los sentimientos femeninos, según parece dicen ellas, y esta porfía por trocar los terrenos tal vez nos dé ocasión para ver a la candorosa Lois en los arrebatos de una insaciable vampíresca, o a la intencionada Lupe encarnando los rubores y timideces de una sensible colegiala. Estos tipos extremos que con tanta frecuencia vemos reflejados en la pantalla, en realidad son poco humanos. La gente no suele ser tan mala ni tan buena. Aun los caracteres rectilíneos, que, por el hecho de serlo, ya constituyen una excepción, obran muchas veces bajo el influjo de las circunstancias y en ocasiones nos sorprenden con rasgos que al pronto parecen lógicos, pero que no son más que el reflejo del medio ambiente que les rodea. Por eso es muy comprensible que las dos jóvenes estrellas, representantes durante algún tiempo de los dos polos opuestos, en los caracteres del cine, al llegar a una altura en la que pueden imponer su voluntad, no querrán concentrar sus iniciativas en un campo limitado y aspiren a ser las intérpretes de tipos más humanos y variados. Mas no olviden una y otra que el público tiene costumbre de verlas y

celebrarlas en una clase especial de papeles; amplíen enhorabuena su repertorio, pero no desorienten a los espectadores apareciendo en tipos contrarios a sus condiciones físicas, exponiéndose a un fracaso después de tantos y tan legítimos triunfos.

A las artistas de nuestras aun reducidas huestes cinematográficas debiera servir de estímulo el ejemplo de lo rápidamente que han hecho su triunfal carrera esas dos brillantes estrellas. Procuren, aunque de lejos, seguir sus pasos, afinen su tipo, concedan tiempo y atención a la cultura física, adquieran, en una palabra, cuantos conocimientos estén a su alcance, y si a todo esto acompaña un positivo talento y una salud capaz de soportar las fatigas propias de esa difícil carrera, esperamos que la suerte les deparará la ocasión oportuna para elevarse desde la masa anónima hasta las alturas en que moran las privilegiadas, a las que el aplauso del público otorga el rango de estrellas. — M. R. Rumi.

El fuego de los ojos de Lupe Vélez, lo provocativo de sus rojos labios y la serpentina elasticidad de su cuerpo, llamaron la atención de Douglas Fairbanks, quien la eligió para el papel de protagonista de «El Ocaso», en una de cuyas escenas los vemos aquí.



OPINAMOS QUE...

LA ÚLTIMA ORDEN, película de la «Paramount», interpretada por Emil Jannings, Evelyn Brent y William Powell. Estrenada en el Coliseum.

En los días de naciente libertad que hoy vivimos, tienen una rara atracción para el público las películas que pueden ostentar, como título supremo, la coetilla de «prohibida por la dictadura». Para nosotros, en cambio — más amigos del cine como expresión de arte que como vehículo de ideas —, el atractivo mayor que tienen estas cintas son los elementos de arte que en ellas intervinieron.

En «La última orden», por ejemplo, el nombre de Jannings, unido a la pulcritud de realización que rige en todo lo de la «Paramount», nos ha llevado al Coliseum con el vehemente afán de ver al mejor actor de carácter con que cuenta hoy el séptimo arte.

Nuestro afán respondía a una íntima convicción de que íbamos a ver algo de calidad, y, al escribir ahora estas líneas, podemos asegurar que, en efecto, lo es. Estamos frente a una acertadísima producción de Sternberg, digna de figurar en una selección de producciones del cine mudo.

Una producción, por cierto, que nos ha dado ocasión, oportuna por demás, para ir comparando el desarrollo narrativo de un film mudo — equivalente a decir film viejo — con el de los hablados que hoy aceptamos como máxima novedad. ¿Conclusiones de esta comparación? Aquí, ninguna, porque son muchas, y todas ellas de complicada exposición.

Como cinta muda — repetimos — es una bellísima producción y merece cuantos elogios le han dedicado otros, mucho antes que nosotros. Tiene escenas complejas, discretísimamente resueltas; primeros planos de impecable pureza fotográfica; visiones de conjunto que transpiran constantemente la característica sobriedad del director.

Esa sobriedad, empero, está especialmente puesta de relieve, o mejor dicho: está perfectamente armonizada con el trabajo de Jannings. Altivo, despota y de sugestiva prestancia varonil cuando general en jefe, sabe luego ser el hombre pusilánime y caído que se confunde, casi idiotizado, entre la muchedumbre de las extras de Hollywood, hasta morir transfigurado — como mueren los héroes — en unas trincheras fingidas en unos estudios cinematográficos, sin estruendo de batalla ni agitación de patriotismo.

Pero todo este trabajo — de contraste y de carácter, como todo lo de Jannings — queda siempre limitado por la medida justa, precisa, equilibrada, sin expresiones que abrumen ni actitudes que destruyan la ponderada sobriedad que caracteriza al film.

Evelyn Brent y William Powell, aunque relegados casi siempre a segundo plano por la índole de la fábula, consiguen poner una nota de simpatía en sus papeles ingratos y difíciles, como lo son en todas las obras los papeles de traidor. — L. C. R.

García Sanchiz concede una «charla» para «Films Selectos»

(Continuación de la página 7.)

LOS FABULOSOS PRECIOS DE LOS FILMS. — ¿Qué cómo es posible que unas películas al parecer insignificantes hayan costado millones? ¿Que usted no comprende cómo se puede gastar tanto dinero en algo que al fin no es un film trascendental ni de manifiesto coste? Tampoco lo comprendía yo antes de mi viaje. Ahora ya me lo he explicado. Es sólo una cuestión de administración. Cada firma tiene un capítulo de gastos generales en su contabilidad — sueldos enormes de directores, presidente, adaptadores, estrellas, publicidad, etcétera... — a partir entre un número determinado de películas producidas en el año. Así, sobre el más insignificante film gravitan los millones que cuesta el sostenimiento de los estudios de la marca, y se le asigna una parte que aunque proporcional es asombrosamente fabulosa en relación a su importancia en la pantalla...

ESPAÑA PODRÍA AHORA HACER PELÍCULAS. — El cine hablado es una providencial oportunidad para la industrialización del cinematógrafo en España. No solamente se pueden hacer películas aquí, sino que deberían hacerse y salirían mejor que las rodadas en Cinelandia. Lo único que creo aconsejable a la empresa o sociedad que emprenda la construcción de unos estudios, es que procure traerse de Hollywood a un par de buenos directores y les confíe la dirección material de las producciones — trucos, escenografías, perspectivas, etcétera —

pero siempre supeditados al director artístico español, que es quien debe llevar la dirección material del film — decorados, vestuarios, «mise en scène»... Así, la realización de un pensamiento español por una inteligencia española interesaría a los públicos de habla hispánica y se conquistaría el vastísimo mercado español.

También creo acertado el contratar unos operadores o «cameramen» expertos y habituados al trabajo en los grandes estudios, para que de ellos pudieran adiestrarse los nuestros, inmejorables, si, pero a los que les falta costumbre de filmar y el dominio de las luces, composiciones fotográficas, recursos maravillosos de fotografía, etcétera... La aviación militar ha seguido este sistema con grandes resultados, ya que nuestros aviadores, que se adiestraron con los extranjeros, hoy son requeridos por muchos países para ser profesores de futuros usos.

BARCELONA TIENE UNOS MARAVILLOSOS ESTUDIOS. — Lo único que falta es animarlos y gastar muy poquísimo dinero para convertir parte de la Exposición en los escenarios naturales y dependencias de producción que podrían ser los más importantes de Europa, al estilo de las montañas de Lenin junto a Moscú, con la diferencia de que allí se tuvo que edificar todo y aquí lo tienen ustedes casi todo hecho. El Pueblo Español, estadio, piscina, campos de tenis, aire diáfano, grandes pabellones, silencio absoluto, jardines de ensueño, juegos de agua, luz y color, amplias avenidas y caminos, carreteras, espaciosas plazas, infinitos horizontes, parajes áridos a un paso, un fuerte o castillo, extensiones inmensas de mar y cielo que filmar sin desplazar el equipo fotográfico y sonorizador...

EL CINE SONORO Y YO. — La opinión personal acerca de mis preferencias cinematográficas, la contestación a la eterna pregunta: ¿Hablado? ¿Mudo? Puede usted entresacarla de lo que me ha ocurrido en la Meca del cine:

Un director de una potente firma yanqui, me propuso, con condiciones pecuniarias maravillosas, el que editara «El clamor» en película sonora. Me había convencido casi, ya que incluso planeamos la filmación de una «charla» que título «Marruecos». Ambiente marroquí, «chutado» en technicolor; paisajes africanos, palmeras, sicomoros, camellos... irían sucediéndose a la vista del agente al tiempo que yo iba desarrollando mi reportaje...

Era tentadora en todos conceptos la oferta. Llegó a entusiasmarme. Yo que no fui a Hollywood a enrolarme en las huestes cineastas, tenía la ocasión codiciada por tantos millares de seres al alcance de la mano y... la agradecí. Pero no la acepté... Reflexionándolo mejor, creí que mis «charlas», habladas directamente a mi público, de tener alguno, tienen el valor de cosa viva, real, que perderían al ser vocadas por los roncacos aparatos sonoros en las salas de proyecciones del mundo. No me quise resignar a estar quieto en la terraza de un «bungalow» de Hollywood; ir al estudio como a la oficina para «charlar» y volver a él después para añorar esta vida nómada que tan a placer vivo, y me proporciona la inmensa satisfacción de ponerme en contacto espiritual, por dondequiera que vaya, con centenares de inteligencias que celebran o critican lo que les voy refiriendo de mis andanzas por los caminos del mundo.

Quizá algún día, cuando el cine sonoro sea lo que hoy no es y creo que puede llegar a ser, me decida a que mis «charlas» se editen en cinta de celuloide... Hoy por hoy, prefiero «charlarlas» yo mismo...

J. VILLARROEL Y MORENO

¿POR QUÉ

se ha de limitar V. a ver a sus estrellas favoritas sólo en la pantalla, si puede tenerlas fácilmente en casa, en artísticas postales?

20 postales tamaño 18x13 con las principales estrellas del cine... 4 pesetas

Remita el importe por giro postal o adjunte el envío contra reembolso a la

LIBRERÍA DE JUAN PUJALTE
Prim, 5 VILLENA (Alicante)



(Conclusión.)

Transcurrían los días sin que el indolente Liliom supiera cómo hacer frente a las obligaciones que pronto le incumbirían como padre. «El Cuervo» le asestaba más y más cada día para decidirle a llevar a cabo su funesto proyecto, hasta que Liliom, por fin, se dejó vencer.

Tomó el cuchillo grande de cortar el pan y se encaminó con «El Cuervo» hacia la vía del ferrocarril por donde el cajero del banco cruzaba todas las noches. Mientras esperaban, a la entrada de un pequeño túnel, pasó un tren de lujo. Adentro se veían grandes señores y encapuchadas damas fumando o conversando alegremente tendidos en mullidos asientos.

Liliom preguntó a qué se dedicaban aquellas gentes que podían viajar así. «El Cuervo» respondióle que eran gente que sabía hacer las cosas, banqueros, jueces...

—¡Jueces! Ante un juez iremos a parar nosotros — observó Liliom — si ese cajero... Un juez en este mundo y un juez en el otro. ¿Qué podré contestar a Dios cuando me interroge?...

Pero era ya tarde para estas reflexiones. «El Cuervo» le hizo observar que se acercaba ya el sujeto a quien esperaban. Conforme habían convenido, Liliom se adelantó a saludar respetuosamente al cajero y preguntarle qué hora era, mientras «El Cuervo» se precipitaba encima de él por la espalda. Pero el cajero, hombre prevenido y además forzado, repelió con una mano la agresión de «El Cuervo», mientras con la otra apuntaba a Liliom con una pistola. A los gritos de aquel hombre de negocios acudieron varias parejas de policías a caballo. Liliom echó a correr, pero al verse cercado por los guardias, sacó un cuchillo, e invocando el nombre de Julia, se lo clavó en el pecho.

La pobre Julia, inclinada sobre el lecho donde Liliom yacía agonizante, lloraba con un dolor inmenso, pero quieto, puesto que todo era resignación en aquella alma nacida para el sacrificio.

—Duerme — decía —, duerme, Liliom. Duerme, niño malo, arrebatado, infeliz, querido... Te amo. La gente no puede comprender por qué, ni yo te lo sabría explicar; te reirías de mí... —



LILIAM

Liliom pudo decir todavía:

—Julia mía, ya sé que soy malo, pero pensé que allá en América... Vi el tren con todos los personajes que iban en él y quería que tú viajaras así... Ahora tendré que ir solo a ver a Dios, pero no temo, Julia... Te pegué, pero no porque estuviere incomodado contigo, sino porque no podía verte llorar... No debes creer que siempre tienes razón... Soy un cobarde abandonándote así, pero quizás regrese en el tren... el tren que va al cielo... Escucha, Julia... ¿Lo oyes?... Ahí viene... Un tren especial para Liliom... ¡Julia, voy de viaje!...

Liliom, el cuerpo de Liliom ha muerto, pero queda su alma. Sigámosla. Para Liliom, la continuación de su vida será, como su vida misma, un carrousel fantástico, montado en el espacio y la eternidad. Su cerebro no fue nunca más lejos y su alma, desprendida del cuerpo, será como una continuación de su cerebro y no irá más lejos tampoco.

Vino el tren y se llevó a Liliom por las regiones etereas, hacia el infinito. Llegó al sitio en que se decide el camino definitivo que las almas han de tomar. Era una especie de juicio preparatorio para el Juicio Final. Liliom fue presentado al Gran Magistrado y éste le preguntó bondadosamente por qué había sido tan malo con Julia, por qué le pegaba...

Liliom contestaba que, a pesar de todo, quería a Julia, y suplicaba que le dejasen regresar para enmendarse y, so-

bre todo, para conocer a su hijo, que era una preciosa niña.

El Gran Magistrado accedió, pero antes tendría que ir Liliom a expiar sus culpas por diez años en un reformatorio convencional. Transcurridos diez años, Liliom volvió a la tierra con el Gran Magistrado, en un tren que paró delante de la casa de Julia. Liliom vio que Julia rehusaba la invitación del carpintero de llevarla a pasear. La niña estaba en el jardín cogiendo flores. Liliom le preguntó por su padre, y la niña dijo que no le conocía, pero que por boca de su mamá sabía que era guapo y muy querido de todos. Liliom ofreció a la niña una trompeta celestial que no sonaba. La niña, creyendo que aquel hombre quería burlarse de ella, le invitó a que se marchara. Liliom dio a su hija

una bofetada y desapareció. Cuando la niña volvió de su sorpresa, llamó a gritos a su madre y le explicó que un hombre que parecía un pobre le había pegado, pero que la bofetada, lejos de hacerle daño había sido como si le diera un beso.

La niña preguntó a su madre si era posible que le pegasen a una sin hacerle daño.

Julia abrazó a su hija y le dijo:

—Hija mía, es muy posible que le peguen a una y que el golpe le parezca una caricia.

Liliom y el Gran Magistrado contemplaban la escena desde la plataforma del tren. Liliom había vuelto allí creyéndose por completo fracasado, pero el Gran Magistrado le invitó a escuchar las frases que se cruzaban entre madre e hija y díjole:

—Ya ves, Liliom, cómo, a pesar de todo, guardan un buen recuerdo de ti. Creo que si te quedaras con ellas, no les proporcionarías una existencia tan dulce como este recuerdo.

—Tiene usted razón — contestó Liliom —. Mi hija me ha dicho que era guapo y Julia sigue despreciando al carpintero y dice que cuando yo le pegaba era como si la hubiese acariciado...

Y como el Gran Magistrado le invitara con un gesto a volverse con él, Liliom dio su aprobación con una sonrisa amable y comprensiva.

El tren partió otra vez hacia las etereas regiones del infinito.



UN CUTIS DE PORCELANA

lisa, fina, transparente, será la envidia de sus amigas; lo obtendrá EN EL ACTO de aplicarse un poco de **ESMALTE MILLAT**

Pídalo en las perfumerías; lo hallará en tres calidades:

ESMALTE NORTEAMERICANO

Embellece instantáneamente, frasco a ptas.

ESMALTINA MILLAT

Combinación de esmalte y crema, frasco 10 ptas.

ESMALTE NILO-MILLAT. Producto de gran belleza, frasco grande para 3 meses, 82 ptas.

Enviando su importe en sellos a Especialidades MILLAT, Apartado núm. 541, Barcelona, le recibirá certificado.

Las Estrellas de Los Angeles Kay Jhonson y Grace Moore

(Continuación de la página 9)

Intima, es Grace Moore, diva de la Metropolitan Opera y estrella también de la Metro. De ella nos habla el periodista con menos lirismo, pero tal vez con más afán de mostrarnos la vida quieta de la artista en la que sorprendiera en una de sus distracciones favoritas:

«Su esbelta figura — dice — se columpiaba en el azul, sobre el fondo verde de los árboles de su jardín, lo mismo que lo haría, en las horas de asueto, una colegiala del «Sacre Cœur». El tono rojo de su vestido seguía el vuelo del columpio y flameaba como la bandera roja de una revolución universal.»

Más tarde nos dice:

«Jamás cregera que una artista de la ópera se pudiera desenvolver en el ambiente prosaico de una cocina, con la gracia y la seguridad que he visto en Grace Moore. Todo en este templo de la materia está limpio y brilla en los esmaltes blancos que la decoran. La mesa blanca donde prepara el gantar se me asemeja, en aquel instante, un laboratorio de exquisiteces que más tarde he de paladear. La cocina eléctrica más parece un mueble de lujo que el vulgar trasto antipático de una fábrica de salsas y de asados. Pero sobre todas estas cosas, la elegante figura de Grace Moore me daba la sensación de que la comida que en aquel rincón de su mansión se elaboraba, había de ser algo digno de la glotonería de un dios. Luego vi que no me había equivocado. No recuerdo haber comido mejor ni con más apetito que aquel día.»

¿Será verdad tanta belleza, querido lector? Yo, por mi parte, lo ignoro; pero diremos en el sonoro idioma del Dante: «Se non è vero, è bene trovato». ¿No te parece?

F. LOPE VÉLEZ



Lo que observó el caballero que quiso pasar una tarde tranquila en Cienfuegos.



COQUETERÍA

Hay una coquetería peligrosa y otra que es una virtud. Esta última es la que la condesa Drillard enseña en los consejos, recetas y datos de su aristocrática obra

PARA SER ELEGANTE - PARA SER BELLA

Remita cuatro pesetas a la Administración de **El Hogar y la Moda** y la recibirá sin otro gasto a vuelta de correo. **Diputación, 211, Barcelona** **Valverde, 30 y 32, Madrid**

TINTURA MARTHAND

DE POSITIVOS Y RAPIDOS RESULTADOS



Tiñe las CANAS

con una sola aplicación, dejando el pelo con el más hermoso negro natural. No contiene sales de plata, cobre ni plomo.

Caja pequeña . . . 4 ptas.
Caja grande . . . 6 »

DE VENTA EN PERFUMERÍAS Y DROGUERÍAS

hombre le había mandado el telegrama en nombre del capitán Yale, comunicándole que Isabel estaba a bordo del «Silverwood». Ahora, gracias a la respuesta recibida a su propio telegrama, ya sabía que el primero le fué dirigido por Yale. No obstante, era posible que Nazlo hubiese encontrado a Isabel en Argel y diera por seguro que su fugitivo esposo se apresuraba a salir de Bousaada con objeto de ver qué hacía ella en Argel.

Era fácil imaginar el medio de que Nazlo se valió para averiguar su estancia en Bousaada. Sheridan se lo había explicado ya al recelar acerca del origen del primer telegrama. Después de enterarse de que el propietario del «Silverwood», su compañera y la anciana se habían alejado en automóvil de Argel, Nazlo podría averiguar fácilmente el destino del vehículo visitando uno o dos garages. Y luego era muy propio de tal hombre el dirigirse a Bousaada para encontrar sola a Julieta Divina.

Nazlo dirigió unas palabras a su *chauffeur*. El coche rojo se detuvo de un modo brusco y el Rey del Calzado saltó al suelo.

— ¿Cómo está usted, señor Sheridan? — dijo con el tono cortés, aunque algo indiferente, que se suele emplear al dirigirse a un simple conocido. — Tenía la esperanza de encontrarle a usted en el camino desde Argel a Bousaada, aunque no esperaba que a su automóvil le hubiese ocurrido ningún percance. ¿Podemos ayudarlo?

— No, muchas gracias — contestó Miles en tono gruñón.

Su mente funcionaba con la mayor rapidez. No deseaba que Nazlo llegase a Bousaada, mas era difícil encontrar el medio de evitarlo sin armar una pelea.

A Sheridan se le ocurrió en el acto

la posibilidad de empeñar una incha, pero no era hombre amigo de apelar a la violencia. Mentalmente se vió en el acto de pegar a un hombre de más edad que él, en tanto que los dos conductores contemplaban, divertidos, el brutal espectáculo, fijándose en todos los detalles para contar, más tarde, la historia en Argel. No, eso no le gustaba; era preciso encontrar otro medio.

— La verdad es que no me sorprende verle — replicó sin esforzarse en disfrazar sus sentimientos. — En estas circunstancias no podía esperar otra cosa de usted.

— ¿Qué circunstancias? — preguntó Nazlo con fría cortesía, que obligó a Miles a dirigirle una torva mirada. — Me parece que no comprendo bien lo que quiere decir, señor Sheridan.

— ¿De veras? — preguntó Miles. — Si da usted un corto paseo conmigo, le diré a qué me refiero.

— Con mucho gusto — contestó Nazlo.

A Sheridan se le cerraron los puños de un modo maquinal, mas contuvo su ira y los dos se alejaron hasta llegar a un lugar en donde no podían ser oídos de los *chauffeurs*, que habían emprendido la reparación del neumático del coche de Sheridan.

— Durante algún tiempo ha estado usted siguiéndome — empezó diciendo Miles; — y adivinando, tal vez, que me vería obligado a dejar a la señorita Divina en Bousaada, a causa de un asunto que tengo pendiente en Argel, se ha figurado usted que se había presentado la ocasión de acudir a su lado, aprovechando la circunstancia de que en estos momentos no la protege nadie.

Mientras hablaba, desafiaba a Nazlo con la mirada. Y éste fijó en él sus ojos con la mayor tranquilidad y hasta con benevolencia.

Córtese por aquí

CAPÍTULO XXXV



MADEMOISELLE — dijo el oficial francés saludando; — espero que mi perro no la habrá alarmado. ¿Conoce el francés, *mademoiselle*?

Teresa tenía los ojos humedecidos, porque le resultaba mucho peor de lo que imaginó el ser testigo de la marcha de Miles, que se alejaba de ella por el desierto. Parecía como si su amado se hubiese llevado su propia vida. Por eso resultaba difícil volver a la realidad y verse obligada a hablar. Pero tenía delante, sin duda alguna, a un valeroso soldado de Francia y convenía no mostrarse huraña con él ni lastimar sus sentimientos; por esta razón sonrió del mismo modo como el capitán Gilbert creyó que sonreían las vampireras infantiles.

— Aprendí el francés en la escuela — dijo — y mi profesora fué una monja francesa, parisién. Es para mí muy agradable oír de nuevo este idioma y volver a hablarlo. Su perro no me ha asustado, *monsieur le capitaine*; hasta ahora no vi ninguno que, como éste, fuese capaz de sonreír.

A Gilbert le pareció encantadora aquella amabilidad, que atribuyó a su buena presencia y al encanto que emanaba de él y que, según su opinión personal, pocas mujeres podían resistir. Esperó que la joven acogiera mal sus insinuaciones, pero con objeto de evitarlo, empezó a hablarle de su perro antes de que Teresa empezara a subir la escalera. De acuerdo con su experiencia, *ces jolies dames* le gustaban de la oportunidad de gozar de una diversión prohibida cuando el hombre de quien se habían cansado las dejaba solas durante unas horas o unos días. Sus camaradas (dos tenientes y el cirujano militar perteneciente al regimiento) habían apostado que la *belle Américaine* lo rechazaría, y a él le constaba que

más les gustaría verle derrotado que ganarle el dinero apostado. No había más remedio que precipitar los acontecimientos, pero ahora tenía ya la certeza de que andaba sobre seguro.

— Es una habilidad que he enseñado a este animal — explicó Gilbert. — Es un perro *Pi*, como los que guardan las tiendas de los nómadas, pero lo tengo desde que era cachorro, y estoy persuadido de que aun cuando no le hubiesen enseñado a sonreír, lo haría ahora ante *mademoiselle*.

— Muchas gracias — dijo Teresa ruborizándose. — Me es muy simpático este animalito. Pero ahora debo dejarle, *monsieur le capitaine*.

— ¡Aun no, se lo ruego! — exclamó Gilbert interponiéndose entre ella y la puerta. Y ya empezó a tratarla con mayor franqueza, dejando de hablar en tercera persona, para hacerlo en segunda. — ¡Si supiera usted, *mademoiselle*, lo que representa para un pobre soldado, encerrado en el desierto, el ver, en estas soledades, a una mujer hermosa! Aquí no tenemos más que las mujeres árabes y tal vez a las esposas de dos o tres hermanos de armas, y con ellas hemos de resignarnos a hablar desde que empieza un mes hasta que termina. Además, no sé por qué, pero los compañeros de armas no se casan nunca con mujeres guapas. O, si acaso, resultan ser demasiado viejas. Pero usted, *mademoiselle*, es una rosa lozana en un desierto de arena. Debo decirle también que ya tuve el gran placer de verle con anterioridad. En 1917, después que los norteamericanos entraron en la guerra, fui a Nueva York. Una noche, en el teatro, quedé deslumbrado por una visión, por una estatua viva y tan perfecta, que me hizo perder el sueño durante mucho tiempo. No era posible olvidar la belleza de su rostro y de sus formas. Hoy me pareció haber sido herido por una bomba disparada por Venus,

Es extraordinario haber vuelto a encontrar a usted en un extremo del mundo. Eso es cosa del Destino.

Mientras pronunciaba estas palabras, Teresa se quedaba casi sin respiración. Aquel hombre del desierto había estado en Nueva York y también vio a Julia. ¿Qué haría? ¿Cuál sería la decisión que habría tomado la misma Julia?

Estas fueron sus primeras ideas sin trabazón alguna y propias de una niña inexperta que nada sabía de los hombres y que tan sólo gracias al instinto sabía diferenciar sus cumplidos de sus insolencias. Entonces, en los ojos de aquel hombre, empezó a arder el mismo fuego que vio en los ojos de Nazlo y también (cosa que deseaba olvidar) en los de Sheridan durante un momento espantoso. La joven retrocedió impulsada por su delicadeza y por su educación. Era muy desagradable portarse rudamente con respecto a un soldado que luchó y sufrió, pero comprendió que no tenía más remedio que obligarle a contenerse.

— Estoy segura, *monsieur le Capitaine*, de que usted desea ser amable y bondadoso. Mas... ya comprenderá usted que ni siquiera nos conocemos.

Hablaba con amabilidad, aunque con tanta firmeza, que sus palabras fueron como una ducha fría para Gilbert. Eso le sorprendió, pero se sacudió el chasco del mismo modo como su perro sabía sacudir el agua después de un baño. Le constaba, como si hubiese estado mirando en aquella dirección, que sus tres compañeros, que no eran amigos suyos y que, además, estaban celosos en aquellos momentos, le observaban a través de las persianas del comedor, con los cigarrillos cogidos entre los dientes y dispuestos a burlarse de él si era rechazado. Y no se hacían cargo de que no es posible conquistar a las primeras palabras a una mujer como aquella.

— No me destruya usted el corazón — imploró en voz baja, que sabía utilizar en los momentos apropiados. — La he admirado a usted,

mademoiselle, y la he adorado durante todos estos años...; de pronto se presenta usted a mí en carne y hueso y más hermosa que cuando la vi. No puedo permitir que se aleje. Estoy seguro de que eso no debe ser Bello sueño de mi corazón, no sea usted cruel para quien ha sufrido mucho durante estos años; para un pobre soldado del desierto que, sin embargo, es un hombre; y amar en el desierto, créame, es algo que está muy por encima de todo el amor que ha conocido usted, aunque haya sido muy amada y por muchos hombres.

Teresa se sintió animada por una de las repentinas cóleras que heredara de su padre. Miró a Gilbert como en otro tiempo miró a Nazlo, y con los dientes cerrados y con palabras que casi silbaban al pasar por entre ellos, exclamó:

— *Taisez-vous! Vous êtes un mal-propre!*

Y mientras él retrocedía, asombrado, la joven se apresuró a atravesar la puerta.

El capitán se quedó resentido al oír aquellas palabras insultantes y a punto estuvo, movido por la ira, de azuzarle el perro mientras la joven subía la escalera. Pero comprendió que no debía hacerlo y aun se dijo que tal vez el can no le habría obedecido. Se dominó lo antes que pudo y volvió al comedor riéndose.

— Estábamos en lo mejor, cuando la vieja dueña la llamó desde lo alto de la escalera — explicó a sus compañeros. — Como se comprende, esa vieja está a sueldo del amo y reconoce haber sido un poco imprudente. Mas no se ha perdido nada. Por el contrario, aun tengo el día de mañana para saber si alcanzo o no la victoria. ¿No es verdad, amigos? Veremos lo que pasa.

Teresa adivinó que aquel hombre estaría entonces riéndose y envaneciéndose ante sus amigos y sintió por él un odio profundo. Con gusto se habría arrojado contra él para pegarle. ¡Oh, si el perro fuera suyo! Y casi se asustó por las ideas que atravesaron su mente.

Mientras tanto, fué a su dormitorio y se asomó al balcón, que ya le pertenecía por entero, porque las tres únicas salidas correspondían a las habitaciones de Miles, la suya y la de la señora Harkness. Para no caerse se agarró a la baranda de hierro, y lo hacía con tanta fuerza, que palidecieron los nudillos de sus manos. Aquel hombre... sus ojos... lo mismo que Nazlo. Él también, la primera vez que se encontró a solas con ella... y el griego no la confundió con Julia, como en el caso del capitán y del mismo Miles. Y se sintió mancillada y hasta tuvo la impresión de que jamás podría purificarse.

Había desaparecido ya la sensación de paz que le diera el desierto. ¿Qué había con respecto a ella y Julia? ¿Qué era aquella casa extraña y nada buena? ¿Sería ella misma mala, de un modo u otro, aunque sin saber por qué ni cómo? Todos parecían estar convencidos de su maldad: Nazlo, también Miles, al principio, aunque le perdonó gracias al amor, la señorita Carolina Sheridan, la gente con quien ella no había hablado nunca y que la miraba de un modo desagradable; numerosos hombres que le dirigían sus miradas atrevidas y ansiosas, y las mujeres, que la contemplaban con curiosidad y desprecio; e incluso la señora Harkness, que acabó por quererla, al parecer, lamentaba que el señor Sheridan hubiese concedido su amor a una mujer como ella.

— Estoy persuadida de que, a pesar de todo, no lograré ser feliz ni aquí ni en ninguna otra parte — se dijo. — Comprendo que no soy digna de Miles. El me será arrebatado por Dios o por el Destino, del que ese asqueroso francés me hablaba hace poco. Mi felicidad era demasiado grande para que pueda llegar a ser cierta.

Estos fueron sus temores durante la noche, pues no pudo dormir escuchando su propio corazón. Pero el capitán Gilbert fué quien tuvo la culpa de que acabase de comprenderlo.

Cuando Miles se hallaba aún a poca distancia de Bousaada, se pinchó uno de los neumáticos del automóvil. Este iba a tal velocidad, que el *chauffeur* no pudo pararlo hasta después de recorrer cierta distancia. Y como apenas tenía las herramientas necesarias, Sheridan comprendió que aquello le causaría un retraso de tres cuartos de hora a una hora. Ofreció ayudar al *chauffeur*, pero éste rehusó cortésmente, y Miles empezó a ir de un lado a otro, muy inquieto, recogiendo cristales del desierto, de formas raras, con objeto de regalárselos a Teresa, persuadido de que le gustarían. Luego empezó a examinar sin mucho interés las florecillas raquílicas que por allí crecían, y de vez en cuando consultaba su reloj.

Ni un momento perdió de vista el automóvil, porque no quería retrasar su viaje en lo más mínimo. Mas transcurrió media hora y el *chauffeur* seguía trabajando con ímpetu y derramando grandes gotas de sudor a causa del calor de la tarde. A Miles se le ocurrió ofrecer de nuevo su ayuda, cuando apareció otro automóvil por el pétreo desierto en el que sólo había algunas pequeñas fajas de hierbajos. Era un automóvil rojo y pequeño, que se parecía mucho a otro que vio en el garage en que alquilara el suyo. Un momento después sus dos ocupantes, que iban en el pescante, divisaron el vehículo parado y acortaron la marcha.

— Sí. Es el mismo que vi — se dijo Sheridan. — Supongo que el *chauffeur* ha reconocido mi Itala y va a parar.

Apenas acababa de pensar en eso, cuando el automóvil rojo llegó junto a él y sus ojos se encontraron con los del hombre que se sentaba al lado del conductor. Era Nazlo.

A Sheridan no le extrañó, pues ya sabía que Nazlo estaba siguiendo su itinerario desde Montecarlo, ya con intención o por casualidad, aunque, por su parte, nunca aceptó la teoría de la coincidencia.

La noche anterior creyó que aquel



RUDY VALLEE

ALBUM DE
FILM SELECTOR **Filmoteca**



HELEN TWELVETREES